

La Cultura Social de los Cooperativistas

Desde sus orígenes, las cooperativas se caracterizaron por un elemento que hace a su propia esencia: estas asociaciones tenían como fin la resolución de problemas comunes entre todos, en un esfuerzo colectivo donde cada persona importaba –e importa- **no por lo que tiene, sino por lo que es**. Nacen en un momento histórico determinado, convergente con la Sociedad Anónima, la cual se transformó en la forma jurídica privilegiada del capitalismo. Ambas responden al mismo proceso de centralizar capitales de diferentes sujetos; con dos grandes diferencias entre una y otra forma jurídica: el carácter no lucrativo que define los objetivos de las cooperativas y el proceso democrático de la toma de decisiones, elección de autoridades y la distribución equitativa de los excedentes.

En nuestro país, desde mediados de la década del setenta, comenzaron a soplar nuevos vientos que están impactando en forma negativa a los sectores populares y, entre ellos, a las cooperativas. Por vía de gobiernos militares y luego a través de gobiernos elegidos por el sufragio popular, se ha instalado no sólo una política económica denominada neoliberalismo, sino un modelo esencialmente cultural que porta, como valores predominantes, propios de la actividad lucrativa, el individualismo, la competencia salvaje y un llamamiento a la salvación de unos en detrimento de otros. Se puede hacer un análisis en paralelo para el conjunto de América Latina, y nos encontraremos con dictaduras militares en los 70 y procesos democráticos en los 80/90, fuertemente condicionados por la deuda externa y la presión que ejercen los bancos acreedores y el FMI.

En este sentido, el desafío mayor de los cooperativistas no es económico, sino **cultural**, ya que estas políticas se basaron en consensos resultantes de procesos electorales y una labor propagandística de “único camino posible”; al decir del gobierno: en todos lados se aplica esta política de ajuste y reconversión. Debe demostrarse que el ajuste, instalado desde el poder, sólo conduce a una creciente concentración de la riqueza, a la pauperización de las mayorías y, tristemente, a la desazón y la desesperanza. El gobierno, por ejemplo, habla de reactivación y crecimiento y la gente sufre la desocupación, la caída de los salarios, la baja de las ventas, las dificultades de pago de y hacia proveedores, clientes, etc., como formas todas de una crisis que se mantiene y reparte perjuicios y beneficios en forma diferenciada.

Las diferencias entre el modelo que murió con el golpe militar y el que nació con él, no son insignificantes. Se cambió el modelo centrado en el mercado interno por una inserción internacional que bajo la excusa de la globalización, se hizo lo que no hacen los países de punta: se abrió la economía en contraste con el proteccionismo de los países centrales y se subordinó la estrategia de desarrollo de lo que dice el FMI y los EEUU (las llamadas relaciones carnales). Se cambió el papel del Estado, por un Estado “prescindente” en lo social y altamente comprometido con los intereses de los capitales más concentrados (privatizaciones calzadas para corporaciones transnacionales y Grupos Económicos; renegociación de la Deuda Externa al servicio de los grandes bancos acreedores, etc.). La desregulación pasó a ser el eje del modelo y en el camino quedó mucha gente.

La convertibilidad ha sido y es financiada con el ingreso especulativo de capitales externos que, entre otras cuestiones, acrecienta el endeudamiento externo. Desde 1991 a 1996, se pasó de 55.000 millones a 90.000 millones de deuda externa. Y eso se paga con el presupuesto, es decir por nosotros.

Anteriormente a la aplicación de este plan, aquellos que perdían su trabajo o que quebraban su empresa, siempre tenían posibilidades de retornar al trabajo o al comercio. En el modelo neoliberal, en cambio, quienes se caen, trabajadores, profesionales, pymes, tienen el destino definido: ellos no cuentan para el neoliberalismo. Estas concepciones se han expresado en políticas cuyos efectos comienzan a hacerse sentir visiblemente.

Algunos datos dan cuenta de esta triste historia: En el mundo, el 20% de la sociedad percibe el 83% del ingreso o producto mundial. En cambio, el 20% más pobre, sólo el 1,4%.

Las 358 fortunas individuales más grandes del mundo, tienen el mismo ingreso de la población. En otras palabras: 358 tienen lo mismo que 2.300 millones de personas (datos de Naciones Unidas).

La FAO (Organización dependiente de Naciones Unidas vinculada a Alimentación y Agricultura), señala que hoy existen medios técnicos y recursos naturales que permitirían alimentar a 11.000 millones de personas. El planeta posee 5.600 millones de habitantes y casi 850 millones de ellos sufren de hambre y desnutrición, de los cuales 200 millones son niños y la tendencia es al incremento de estas cifras.

Mientras en Argentina el Producto Bruto Interno bajó durante 1995 un 4,4% y la demanda efectiva bajó más de un 8%, las diez empresas que compraron a precio vil a las empresas públicas ganaron, en ese mismo período, 3.500 millones de dólares.

Desde el poder se marca este proceso como un elemento inevitable producto de la globalización, como si se tratara de un cataclismo inevitable del cual no hay que esperar piedad.

¿Se pueden pensar estrategias alternativas?, ¿Cuál es el papel de las cooperativas en ese sentido?. Nuestras entidades cooperativas han constituido un modelo en su doble carácter de empresa y movimiento social. En efecto, la existencia de nuestras empresas obedece, como hemos señalado antes, a la existencia de una necesidad y al acuerdo entre los cooperativistas de resolver esa necesidad a través del esfuerzo solidario de todos sus miembros.

Pero además, hoy existe la exigencia adicional e ineludible de garantizar un elevado nivel de eficacia y eficiencia. Contrariamente a lo que sostienen otros empresarios, EFICIENCIA Y DEMOCRACIA; EFICIENCIA Y PARTICIPACIÓN no son términos antagónicos, sino que vienen demostrando que generan una potencialidad creciente. La calidad del trabajo, que en nuestras empresas se logra a través del esfuerzo colectivo, la mancomunidad de objetos y el compromiso de todos los socios y miembros de nuestras cooperativas.

Por esto reivindicamos una forma de ser basada en la solidaridad, no sólo como valores, sino **como política de gestión**. Entendemos que, aún en contextos turbulentos, agresivos, hostiles al ideario cooperativo, es posible dar la lucha a los fines no sólo de sobrevivir, sino también de crecer. Para avanzar en esta certeza, es imprescindible que quienes compartimos estos mismos valores comencemos a mirarnos y darnos las manos, a pensar juntos, a reflexionar y actuar solidariamente.

Pero no sólo se trata de acciones a nivel de micro, es decir, en cada cooperativa, o en la relación de las cooperativas. Creemos en la necesidad de articular un bloque social amplio que pueda reivindicar, a nivel social, el programa de los sectores populares. Desde el IMFC y la APYME se viene trabajando en el CCTyP junto al CTA, la FAA, la FUA y otras organizaciones sociales para organizar una propuesta alternativa a la política en curso. Es la experiencia que venimos desarrollando desde la marcha federal (94) a la multisectorial (96). Y estas acciones, tendientes a vincular a los diferentes sectores populares, implican, como decíamos antes, un desafío cultural, convenciéndonos de que juntos, podemos construir otros caminos posibles.